

Persistencia

BRIAN BENDERS

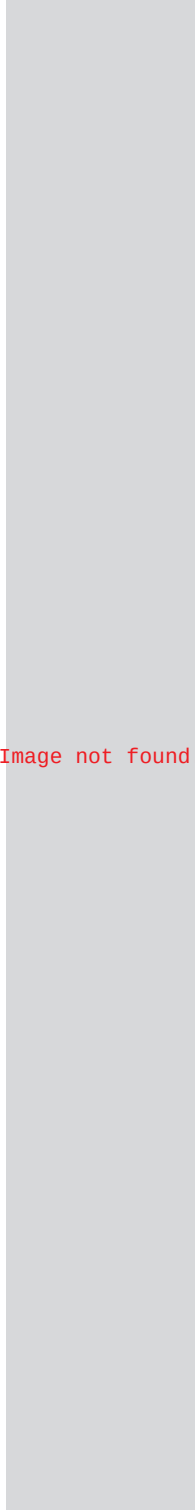


Image not found.

Capítulo 1

1 LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA Todos fuimos niños. Desconocíamos, confiados en ese mundo de la niñez, que una metáfora generosa y poderosa, el Tiempo, acabaría, muy a nuestro pesar, moldeándonos a su antojo con desdén; no sin antes, mostrarnos un sagrado promontorio, la Juventud, que habría de ser ascendido por todos hasta un lugar desconocido, para depositar allí nuestras vanidades y pecados. Nunca fotografiado por nadie, salvo la Nostalgia y sus Batallones, que custodian con anhelo los álbumes del recuerdo, almacenándolos en los pozos profundos de las Cenizas y el Olvido que el Tiempo, incansable, construye para una Eternidad infranqueable. Metáfora de una historia real que comienza en los albores del Universo. La Vida y la Juventud, llevadas por los terrenos resbaladizos de esas Estaciones hermosas. Esa metáfora esculpida por los vientos antiguos y no mancillada por la deslealtad del poder terrenal y sus ambiciones tristes, siempre castigada, a la caza de esas sombras soberbias y bellas de la vida en la Tierra. Algo que nos es otorgado en posesión por los Dioses y su consejero, el Tiempo. Siempre maldito por su penúltima carta de despedida en sobre lacrado, depositada en el buzón de su decadente local de jazz. Él mismo, cuenta mientras divaga: .

-“Yo, truhán sabio, aún me refugio en ese montículo sagrado. La aspereza de mi desamor, me obliga a vivir como ermitaño extraño en un reino prestado y postizo, pero certero, la Tierra. En las consecuencias visibles de mis hechos. De mis inmortales carnes. Me arrepiento y pido perdón por las consecuencias de quienes me amaron. Derrotados se fueron. Desilusionados y viejos me olvidaron. No sin antes dejarme hermosas cartas para mis desvaríos y soledades. Aunque no lo deseé me convirtieron en Metáfora para contar.

Esculpido por los vientos antiguos y no mancillado por esa desleal humanidad, me fui a la caza de sus soberbias y bellas sombras. He aquí que mi leal sirviente os haga de narrador y cantante, de deforme y amigo. Que os cuente su memoria.” El Tiempo yacía simple. Somnoliento. Decadente. Sin esperanzas. Sin destino final. En un butacón de terciopelo rojo de su club de jazz, dejaba pasar las horas muertas. Vestido con traje a rayas y botines a la antigua, esperaba a su mejor amante, joven, que nunca llegaría.

En su mano diestra una penúltima carta de despedida, en la otra un aceroso y frío whisky.

Unas aspas de madera fina, enfriaban lo imposible. 2 Con sutil acierto, la cantante de jazz desgranaba sus lamentos, con un suspiro derrotado entonó por undécima vez aquella carta, lanza venenosa, directa a su

perversidad inmortal.

Querido: En mi cuerpo y alma se detiene, desterrada, mi frágil soledad, un blues áspero ingiere nuestras horas en los pasajes del recuerdo. Nos enredamos fieles tú y yo en ese pasado, arañando sin piedad los anhelos resbaladizos. Encontré tu camino histórico, allí me tuviste, amarrado, transformado a tu antojo. Debí amarte deprisa. En sueños melancólicos y confusos mis días se removían ágiles. Reserva fiel de mis cosas favoritas. Hoy me siento contento. En un baúl olvidado en el desván, he hallado una postal donde aparezco de niño.

Siento tus melodías vigorosas, que me desbordaron adecuadas cual naufrago solitario. Tú, que fuiste abrazado por las nanas azules de mis palabras sinceras en nuestra tierra fértil. Tú, que sacaste los pájaros paganos de mi alma. Quedarás en silencio en mi partida. Te miré frente a frente. Tu intensidad profunda erizó mis razones y mi piel. Apagaste las estrellas lejanas para estar juntos. Trajiste para mí las hojas dipsomanías del otoño durmiente, desde otros reinos inconfesables. En medio de tantos sueños y quimeras me empezaste a invocar; a herir mi finísima textura complaciente y complacida. Me rescataste, me salvaste. Esos arribistas eran cada vez peor en sus paraísos falsos. Fui fuerte en mi ilusión creyéndote, derrotando el vértigo de las dudas y los pecados fáciles. Acariciaste mi cuerpo derrotado, aún recuerdo tu tacto deleitable. Nos enredamos sudorosos en tus sábanas trenzadas de fino engaño, de sueños pasajeros. Esas solitarias estancias gemían, hervían con graciosa voluntad al vernos desnudos rozando los abismos posibles e imposibles de nuestra memoria y deseo, mientras tú, con 3 aliento de menta, susurrabas las condiciones de tu eterna propuesta; inoportuno granuja, donjuán infiel. Desprendiste de mí la soledad, huella fértil y creadora. Fui tu marioneta temblorosa de cuerdas de papel, amante cantor en horas perdidas, ignoradas, luminosas. Tu bola de cristal legítimo escupía sus malabarismos, afortunados presagios, manjares exquisitos cocinados en tu tómbola bulliciosa y pasajera. Para nada, para el fin. Tu tono sofisticado, suave, engañoso, burlón y peregrino, me citó en la cabaña histórica junto al faro de un mar turbulento; allí exhaló mi ilusión por ti. El melancólico blues de tu casino barato ya no me cautivaba. Las campanas de aquellas medias noches tocaban por esos triunfos extraños que no significaban nada. Solo eran bailes agitados entre leones, enredados y castigados por las habladurías vulgares. Gritaban las esquinas aburridas sellando nuestras perdiciones, y nos reíamos hambrientos. Un sudor perlado cubría nuestros cuerpos en la fragilidad de las horas en la noche. Destinos tan distintos los nuestros. Te pedí el blues desgarrador, lo necesitaba. Te esperé y no llegaste. Llamé a los vientos suaves, imploré en nuestras sábanas áridas, puse mi alma en espera, por ti. Me enredaste y me cambiaste. Mi hogar se llenó de sueños engañados. Tu vesánico hacer, tu triste abrázame hiriente y postizo, ya no te deseo. El canto de los afligidos, volviéndose noche, me llama. El sol se pone en mi sur. Se inundan de lágrimas mis estancias luminosas. Seré tu amigo, afirmaste en

mi juventud, eres justo mi tipo. Te amé y te ofrecí. Te pedí que me dieras aquel doceavo beso que tanto esperé e imaginé. En tu paisaje fértil tus agradables huellas me hacían temblar.

Trazando ilusiones sin desvanecerme, me aburrí de esperar. Como tú quieras amigo ilusionista, siempre azacanado sin exilio pactado, yo te seré fiel te 4 prometí confiado. Me volviste loco con tus cosas tontas, salde mis confesiones tribales para seguirte. El quid que deseabas. Pasaste como cometa fugaz y me cambiaste sin avisar por otro amante incauto. Soñador sin remedio.

Abrazado querrá ser. Me retiré de tu circo llevándome a la eternidad los retazos, puros e impuros, de mi vida en ti. Tu tacto febril escribió una recomendación a mi favor. Te esperaré, si lo deseas, en los minaretes cubiertos de hiedra, desde donde se divisa lo que ya sabes. Con mi plegaria esbelta y austera, pasaré el resto de mis días en esos confines verdes. Que te vaya bien, gracias por todo, ya no te deseo.

El Tiempo dejó de beber, ya ebrio y triste se asomó a los acantilados del jazz furtivo, cerró los ojos, unas tenues lágrimas cayeron prontas sobre su inmaculado traje. El saxo, tenue y febril, balanceaba los destinos del Universo. La exótica cantante apresaba el micro y relajaba infinitamente la voz, humos perpetuos enviciaban el local barato del Tiempo, éste, yacía sobre la moqueta roja mientras un manuscrito, largo y sincero, pedía auxilio para que los vientos de la noche no se lo llevaran. La bella artista, recogió el largo papel embadurnado de besos. Un sincero perdón de múltiples letras sangrantes. Después de plegarlo, lo introdujo en un sobre azul. Apagó las luces. Cerró. Se fue caminando despacio en una noche lluviosa y eterna, hacia la casa del Tiempo. Su amo. Los Vientos y sus Perfumes, entraban feroces por las rendijas fecundas del recuerdo, trayéndole historias nuevas. La soledad lo abrazaba, ofreciéndole el mejor traje y el más exquisito de los perfumes. Yendo y viniendo por sus estancias. Recordando a los prietos y jóvenes de antaño. Aclamándolo le declaraban sus amoríos, le rogaban que les recordase cuando fueran turbios, viejos y áridos. Y se reían de él. Enmarañados en abrazos presurosos. Sobre las almohadas de su reino, jóvenes e inmortales. O eso creían. La nostalgia ya se iba cociendo. Él lo sabía. Ellos no. Aquel cabaret era hipnótico. Desmesurado. Caliente. Susurrante. Un oasis perenne debido siempre a la juventud todopoderosa. Las fronteras derruidas sin prisas. Batallas ganadas y extrañas.

Deambulaba ausente. Fuerte. Desnudo. Detrás el deforme con unos zapatos de charol nuevos y la Soledad con una corbata. Pronunció un no rotundo, tajante. Esta vez no llevaré 5 corbata amiga, solo un manto morado y espacioso, para esconderlo y besarlo. Emergía la primavera con los besos rojos y requiebros de las amapolas, susurrando piropos tiernos a los niños del campo. Embadurnados de aromas. Llenos de tamo de siegas calurosas. Con cartas aún por escribir al Tiempo. Salvados por la inocencia

de los reinos de la infancia.

Espantaba a las sombras en sus ventanales. Anunciando que regresaría, todavía ebrio, a esas sábanas cálidas, para que se abrieran, prestas, cuando un amante sangrante y rendido osara acompañarle, para tenderlo en ellas. Las sábanas asintieron respetuosas. En ese momento de su nueva partida, su reino olía a centenares de cartas. Ya vestido y perfumado, despachó la Soledad y se puso del brazo de una nueva Esperanza. Abrió la penúltima carta y leyó entre líneas, la verdad y la belleza de aquel donjuán, penúltimo y viejo. El blues áspero. La frágil soledad. Apagó las estrellas lejanas por él. Sus cambios sutiles y confusos.

Su mejor secreto. Languideció por aquella frescura en palabras. Posadas en hojas llenas de besos. La tiró como a las otras. Se miró en el espejo y vio, satisfecho, lo bien que iba acompañado por la Esperanza. Las primeras horas del alba se abrieron. La madrugada densa, se fue con su olor a ceniza, envuelta en un grito de desesperación, escaló las fronteras de otros reinos y otros dioses.

Decadente. Con su disfraz morado y oliendo a jardín, se sintió nuevamente mentiroso. Sus manos, perdidas en el vacío, arañaban su piel. De vez en vez rozaba los trigos y las flores.

Ardiente en su jardín inmenso, caminaba a su destino. El club de jazz. La maldición lo recuperaba de nuevo. Meditando durante el trayecto se decía: "Yo, desvarío de las horas plácidas, héroe de la luz, alumbrador y aniquilador del mundo." Divagaba, hablando solo, sobre sus pensamientos delirantes. Mientras, un último deseo, cobraba forma. Convertir a su fiel criado en una nueva cantante para su local de jazz.

Chasqueó sus dedos y pidió el cambio. No todos los patitos feos son tales por ser negros, cuando la bandada es blanca. Y se convirtió en una bella cantante de voz cadenciosa y tenue. Se encontraron de nuevo entre los perpetuos humos de un local viciado y barato.

Eligió un sillón nuevo y diferente. Los saxos escupían las primeras melodías. Una bella cantante, de voz cadenciosa y tenue, guiñó un ojo a la vez que carraspeaba elegante las primeras notas. El pasamano de la entrada, hecho de Labios de Carne Roja, iba abriendo los primeros deseos jóvenes. Las Horas muertas bailaban pegadas y sin prisas. Pidió su primer 6 whisky muy frío. Un ventilador extraño daba vueltas en la neblina de las primeras cenizas. Y pronunció su maldición: "Amar y Poseer". Todos los reinos se santiguaron. Las horas se lubricaban en las esperas.. El club de jazz se ponía a tono. Decadente por naturaleza.

Prestaba sus servicios, a la caza de la propia Juventud. El Tiempo, de

nuevo, preparado.

Y estos son mis recuerdos de él, mi Tiempo. Mi dueño, que un día me convirtió en inmortal como él. Por osar ser joven y eterno cuando era viejo. Pero los siglos modernos y sus cirugías engañan. En las Estaciones de su reino permanecí junto a él. Amándonos. Hasta que el veneno desapareció, y rabioso me maldijo. Convirtiéndome en deforme y criado.

Baladista femenina de sus canciones de jazz. En recogedor de cartas, en noches lluviosas y eternas, cuando todo acaba.